

1982 : El rol de Pinochet en Guerra de las Malvinas

Dossier 8 artículos

Thatcher dice estar `entristecida` por muerte de Pinochet

10/12/2006 - 19:11 (GMT) Margaret Thatcher está "profundamente entristecida" por la muerte del ex general chileno Augusto Pinochet, según informó hoy un portavoz de la ex primera ministra británica.



Londres, 10 dic (EFE)- La ex mandataria no emitirá un comunicado formal, pero enviará sus condolencias a la familia de Pinochet, añadió la fuente.

Thatcher, jefa de Gobierno conservador entre 1979 y 1990, apoyó al ex dictador durante la detención de éste Londres por una orden de extradición cursada por la Justicia de España en 1998 para ser interrogado por la desaparición de ciudadanos españoles en Chile.

Durante su arresto domiciliario, la llamada "dama de hierro" agradeció a Pinochet su apoyo durante la guerra de las Malvinas, que enfrentó al Reino Unido y Argentina en 1982 por la posesión de esas islas del Atlántico Sur.

La ex primera ministra llegó a convocar en 1999 una reunión especial al margen del congreso de su partido, celebrado ese año en Blackpool (noroeste de Inglaterra), para manifestar públicamente su respaldo al ex dictador y pedir su inmediata liberación.

Pinochet, fallecido hoy a los 91 años, fue ingresado el pasado día 2 en el Hospital Militar de Santiago de Chile, tras sufrir un infarto de miocardio y un edema pulmonar agudo.

Terra/EFE

Diario argentino recuerda rol de Pinochet en Guerra de las Malvinas

29 de diciembre de 2006

El diario argentino Clarín, uno de los más grandes de Argentina, aseguró hoy que el fallecido general chileno Augusto Pinochet Ugarte, fue vital en el desenlace de la Guerra de Las Malvinas, que enfrentó a tropas argentinas y británicas por la posesión de las australes islas.

Lo anterior lo expresó el matutino al comentar el interés del ministro de Defensa británico de 1975, Roy Mason, de lograr una salida consensuada con los argentinos sobre la soberanía del territorio en disputa.

Por archivos desclasificados, relató el rotativo, se conoció una carta en la que el citado ministro "le recomendaba al primer ministro laborista Harold Wilson buscar una solución política al conflicto angloargentino por las islas".

En la citada misiva, consideraba el secretario de Estado británico, "el Reino Unido iba a tener problemas para defender el archipiélago en caso de una invasión argentina", dificultades "formidables", habría sido la expresión usada.

Sin embargo, y pese a la posición favorable del titular de la Defensa de la Corona, los hechos llevaron a una cruenta guerra que duró desde abril a junio del año 1982, cuando tropas argentinas se enfrentaron a las británicas y luego que las primeras recuperaran las islas por la fuerza durante el gobierno dictatorial de Leopoldo Fortunato Galtieri.

No obstante la predisposición de Mason y su análisis de una difícil mantención de la soberanía isleña por las armas, consignó el tabloide, "la historia demostró lo contrario. En la guerra de 1982, los británicos arrasaron por sobre las fuerzas argentinas. Y el régimen del ex dictador Augusto Pinochet prestó una ayuda vital para que los británicos desalojaran a los argentinos de las islas", concluyó.

(NO PERDAMOS LA MEMORIA)

EL RESPALDO DE PINOCHET A LONDRES DURANTE LA GUERRA DE LAS MALVINAS

LUIS GARASINO diario CLARIN 23 octubre de 1998

Como fue el apoyo chileno

Chile dio en 1982 ayuda de inteligencia a los ingleses. También permitió vuelos de vigilancia de aviones británicos

Durante la guerra de Malvinas de 1982 las fuerzas armadas chilenas **dieron apoyo** de inteligencia a los británicos y realizaron desplazamientos navales y terrestres para distraer a la conducción militar argentina. También **otorgaron cobertura** a una fuerza especial británica tras un frustrado ataque a la base aeronaval de Río Grande.

El decisivo apoyo de la dictadura chilena a la flota británica durante la guerra fue confirmado por expertos y fuentes militares argentinas consultadas por **Clarín**.

Sus conclusiones **amplían** las declaraciones de ayer de la ex primera ministra Margaret Thatcher y del ex jefe de las fuerzas terrestres británicas en la guerra, general Jeremy Moore, sobre el respaldo que el ex dictador Augusto Pinochet les dio.

La más reciente investigación sobre ese respaldo la hizo el ex diputado conservador inglés Rupert Allason en su libro " La guerra secreta por las Malvinas", "Es casi imposible tener una visión global del conflicto **si no se tiene en cuenta el rol vital que jugó Santiago de Chile**", sostuvo.

En sintonía con la posición de Allason, fuentes militares argentinas recordaron que desde que se inició el conflicto, el régimen de Pinochet -todavía envuelto en la disputa por el canal de Beagle que en 1978 estuvo por provocar una guerra entre ambos países- **tomó dos medidas destinadas a ejercer presión sobre Buenos Aires.**

Por un lado, a comienzos de abril, Chile **desplazó su flota de mar** desde su apostadero de Valparaíso con rumbo al sur, pero con destino desconocido y manteniendo riguroso silencio de radio. Lo habría hecho por sugerencia de los ingleses, que necesitaban que la Argentina **distrajera recursos militares.**

Por otro lado, **desplegó su reserva estratégica terrestre**, unos 20.000 hombres, de la zona de Santiago hacia la región limítrofe con Río Negro y Neuquén. Este movimiento obligó a la conducción militar argentina a **inmovilizar** a las Brigadas VIII de Infantería de Montaña de Mendoza y a la VI de Neuquén. y demoró el despliegue de la IV Aerotransportada de Córdoba hacia el sur. "Casualmente esas eran **las unidades mejor preparadas del Ejército Argentino para operar en Malvinas**", recordaron las fuentes militares.

Por otra parte, Pinochet **autorizó** que aviones Canberra de reconocimiento aerofotográfico y Hércules equipados para inteligencia electrónica, de la real fuerza aérea (RAF, en inglés) operasen desde Punta Arenas **con insignias chilenas y tripulaciones británicas.** Esos aviones realizaron un "barrido" electrónico y fotográfico de las bases aéreas argentinas desde donde se lanzaban los ataques contra la flota británica.

En su libro, Allason afirmó que muchos oficiales chilenos se sorprendieron al encontrar gente que vestía su mismo uniforme y se apellidaba "Gonzalez" o "García", pero que **no hablaban una palabra de castellano**, o al ver un Hércules británico que ostentaba orgullosamente la leyenda "Fuerza Aérea de Chile" (sic).

La tarea de los aviones británicos que sobrevolaban la cordillera se complementaba con la acción de espías chilenos que informaban sistemáticamente sobre los vuelos de nuestros aviones.

El operativo de apoyo incluía también los radares chilenos, que mantenían una **estrecha vigilancia sobre los aeródromos argentinos.** Paralelamente, las estaciones de [comunicaciones](#) seguían los intercambios radiales argentinos y "en muchas ocasiones los interferían sistemáticamente", subrayaron las fuentes militares.

Pero el punto culminante de esta cooperación chileno-británica **fue una frustrada incursión** del SAS (Fuerzas Especiales inglesas) que debían aterrizar

sorpresivamente en dos Hércules en el aeropuerto de Río Grande. Una vez allí, unos 60 efectivos destruirían los aviones Superetendard de la Armada, sus misiles Exocet y eliminarían a los pilotos, que causaban estragos en la flota británica, como el hundimiento del destructor "Sheffield".

Sin embargo, un helicóptero Sea King con tres tripulantes y nueve hombres del SAS que despegó del portaaviones "Invencible" para vigilar la base de Río Grande y guiar a los aviones encontró a la guarnición argentina en tal estado de alerta que se prefirió abortar la misión. Luego se retiraron volando hacia Punta Arenas, donde destruyeron el helicóptero.

La tripulación del helicóptero fue "blanqueada" por Chile diciendo que se habían alejado de la flota en vuelo de reconocimiento y que "la falta de combustible" los decidió a aterrizar de emergencia "en territorio neutral". Los nueve miembros del SAS llegaron luego a Santiago, se los alojó en casas particulares y desde allí **se los repatrió discretamente hacia Londres.**

Claves secretas de la Guerra de Malvinas

Entrevista al general Fernando Matthei

El diario La Tercera, de Santiago de Chile, publica una investigación en serio, una entrevista que intenta echar luz sobre uno de los capítulos más delicados de la Guerra de Malvinas: la alianza entre el gobierno de Margaret Thatcher y el de Augusto Pinochet, que años más tarde terminó en la prisión de Pinochet en Londres, iniciando su descenso irremediable en el poder real chileno. Bien La Tercera (excepto que llama Falklands a lo que es Malvinas) y ahí vamos:

El próximo domingo 2 de abril se cumplirán 20 años del comienzo de la guerra de las Malvinas. En el conflicto, desencadenado tras la invasión de soldados argentinos a las islas Falklands ordenada por el general Leopoldo Galtieri, murieron 700 soldados transandinos y 255 británicos. El episodio, que por lo absurdo sigue siendo un pasaje traumático de la historia reciente argentina, forzó a la Junta Militar que gobernó ese país entre 1976 y 1983 a renunciar y convocar, elecciones.

Dos décadas después quedan muy pocos secretos por develar sobre la guerra. Uno de los principales tiene que ver con la amplia colaboración que las Fuerzas Armadas chilenas encabezadas por el general Augusto Pinochet brindaron a los militares ingleses a lo largo de los dos meses y medio que duró el conflicto. El general Fernando Matthei, ex comandante en jefe de la Fuerza Aérea de Chile y miembro de la Junta Militar entre 1977 y 1989, revela en esta extensa entrevista -realizada en julio del '99 en el Centro de Investigación y documentación de la Universidad Finis Terrae- gran cantidad de detalles inéditos de esa ayuda, la forma en que se gestó y la gran cantidad de equipamiento y armas que el régimen militar chileno recibió a cambio.

Margaret Thatcher, la ex Primer Ministro británica, ya había agradecido públicamente la colaboración chilena en 1999, en un intento por influir sobre la opinión pública de su país y demostrar que el general Pinochet, por esos días detenido en Londres, había sido un aliado clave de Inglaterra durante la guerra. Sin

embargo, no entregó ninguno de los datos explícitos que esta vez proporciona Matthei (ver recuadro).

Durante la detención de Pinochet en Londres, Margaret Thatcher dejó en claro que en 1982 el gobierno chileno ayudó a los ingleses en el conflicto con Argentina.

-¿Cómo se gestó esa ayuda y qué papel le correspondió jugar a usted?

-En primer lugar, debo decir que la guerra de Las Malvinas -y eso es grave- nos tomó a todos por sorpresa. Me enteré de ello leyendo El Mercurio por la mañana. Sabíamos que estaba la posibilidad y cómo se fue desarrollando, pero jamás pensé que los argentinos serían tan locos. Años después conversamos con un amigo que fue comandante en jefe de la Fuerza Aérea Argentina -Omar Grafiña Rubens- y él tampoco lo supo allá. Recién se había retirado y estaba como sucesor el brigadier mayor Arturo Basilio Lami Dozo. Incluso durante una reunión en la que había participado, lo dejaron fuera y trataron las cosas por su cuenta. Debo reconocer que fue un secreto muy bien guardado por parte de los argentinos. Nadie lo supo. Tomaron a los ingleses completamente por sorpresa, y a nosotros también...

-¿Cuál fue su reacción y la del gobierno?

-Tomar nota y estar alerta. Dos días más tarde se presentó mi oficial de inteligencia, el general (Vicente) Rodríguez (ex jefe del Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea) informándome que había llegado un oficial inglés enviado por el jefe del Estado Mayor de la Real Fuerza Aérea británica. Le dije que lo recibiría. Se trataba del Wing Commander (comandante de escuadrilla) Sidney Edwards, un personaje que no parecía inglés para nada y que hablaba español perfectamente (ver nota).

-¿Cómo lo describiría?

-Era un hombre joven, de unos 35 a 40 años. Sumamente activo y nervioso, desplegaba un montón de adrenalina. Venía con una carta de Sir David Great, el comandante en jefe de la Fuerza Aérea inglesa, para ver en qué podíamos ayudarlo. Tenía plenos poderes para coordinar conmigo cualquier cosa que pudiéramos hacer juntos, lo que a mí me pareció muy interesante. Me dijo que tenía plenos poderes para negociar, y que lo que a ellos más les apremiaba era información de inteligencia. Los ingleses no se habían preocupado para nada de Argentina. Sabían todo lo inimaginable sobre Unión Soviética, pero de Argentina no sabían nada. Edwards me preguntó en qué podíamos ayudarlos. Le contesté que no me mandaba solo y que hablaría con el general Pinochet.

-¿Habló con Pinochet sobre este "ofrecimiento"?

-Conversé con él en términos muy generales, informándole que teníamos una gran oportunidad. A nosotros no nos interesaba que los argentinos les pegaran a los ingleses, porque entonces -ya lo había dicho Galtieri- seríamos los siguientes. Recién estábamos digiriendo el discurso de la Plaza de Mayo, en el cual -rugiendo ante las multitudes- había manifestado que Malvinas sería sólo el comienzo. Parecía Mussolini.

-¿Ese discurso los había dejado preocupados?

-Nos preocupó que después de las islas apuntaran hacia acá. Después de todo, ellos calificaban que territorios nuestros también les pertenecían. En general, Pinochet estuvo de acuerdo en que yo trabajara con los ingleses, siempre que no se supiera, y ambos estuvimos de acuerdo en que por ningún motivo debía enterarse de ello ni siquiera el Ministerio de Relaciones Exteriores.

-¿Al Ejército y a la Marina no le había llegado de la parte inglesa una solicitud similar?

-Nada.

-¿Por qué cree que los británicos optaron por la Fuerza Aérea?

-Buena pregunta. A mí me conocían, porque había sido agregado aéreo en Inglaterra entre diciembre de 1971 y enero de 1974.

Aprovecharon los vínculos personales con usted...

-Yo había estado visitando sus industrias de material de guerra y tenía contactos con los altos mandos británicos. Mientras estaba allá, firmé contratos por seis aviones Hawker Hunter, y compramos también seis aviones de caza Vampire. Me conocían, teníamos una relación fluida. Estando en Londres, cuando me tocó ir a la Unión Soviética, les pasé a los ingleses una copia del informe que redacté para la Fach sobre lo que había observado en materia de armamentos. Ellos sabían que era su amigo, pese a que Chile -recuerde que estábamos en la Unidad Popular- lo consideraban parte del bloque del Este. También influyó el hecho de que yo hablara inglés, que hubiese volado en alguna oportunidad en una unidad de ellos y que conociera de la Real Fuerza Aérea hasta lo que ellos mismos no conocían. En resumen, tenían bastantes referencias mías y por eso me llegó a mí la petición.

-¿Qué hizo después de reunirse con Pinochet?

-Con el general Pinochet quedamos en mantener esto en absoluto secreto, y luego volví a reunirme con Sidney Edwards, informándole que tenía carta blanca en el asunto y que operaríamos de acuerdo con mis criterios. Edwards me dijo que tanto el agregado de Defensa inglés -un marino- como la Embajada Británica no sabían de su existencia y que no debían enterarse. Edwards viajó entonces a Inglaterra para analizar qué podíamos hacer nosotros y a su regreso trajo autorización para que les diéramos información de inteligencia.

¿Qué recibiría Chile a cambio?

-Ellos nos venderían en una "libra" -entre comillas- aviones Hawker Hunters, los cuales se traerían de inmediato a Chile por avión. Y también un radar de larga distancia, misiles antiaéreos, aviones Camberra de reconocimiento fotogramétrico a gran altura y también bombarderos. El material era muy importante, sobre todo los aviones de reconocimiento, porque en la Fuerza Aérea chilena no teníamos ninguno. Vuelan muy alto, como los U-2 norteamericanos y tienen unas inmensas cámaras fotográficas. Además, mandarían un avión de inteligencia, comunicaciones y espionaje electrónico. Se trataba de un avión Moondrop a chorro, parecido al 707 de pasajeros, pero transformado.

¿Cómo reunía información de inteligencia sin contar con equipos sofisticados?

-Nosotros habíamos transformado aviones más livianos en nuestra propia industria y con equipos propios, pero no volaban con la altitud necesaria, porque eran aviones turbo hélices chicos, del tipo 99 Alfa. Habíamos transformado dos, con unos equipos llamados Itata, desarrollados en conjunto por la Marina y la Fuerza Aérea. Dichos equipos, montados a bordo de estos aviones bimotores livianos, podían detectar todas las señales de radar, analizarlas y clasificarlas. Pero las señales de radar -al igual que la luz- se proyectan en línea recta, sin quebrarse. Y no se captan a menos que se vuele a unos 40 mil pies de altura. Como primera medida, entonces, los ingleses mandaron ese avión, con el cual realizamos un reconocimiento completo a nuestro lado de la frontera. Hacíamos vuelos a gran altura sobre territorio chileno, pero captando señales del otro lado que nuestros equipos no eran capaces de captar por la cordillera y la baja altura.

-¿Cómo puede llegar un avión de esas características y tamaño hasta el aeropuerto de Pudahuel o cualquier base aérea, sin que nadie se dé cuenta?

-Ese avión venía como cualquier aparato civil, con un plan de vuelo normal.

-¿Y los argentinos no lo detectaron en su espacio aéreo?

-Es que no pasó por Argentina. Todos estos aviones llegaron a través de la Isla de Pascua y Tahiti.

-¿Y los espías argentinos?

-No había espías argentinos, tal como nosotros no teníamos espías en Argentina. Con este avión se hacían vuelos a gran altura sobre territorio chileno, captando señales del otro lado. Los nuestros, en cambio, debido a la Cordillera y al tipo de aviones que eran, no podían volar tan alto como para captar las señales.

-¿Quiénes pilotearon el avión?

-Los ingleses, aunque iba un par de observadores nuestros a bordo. Nos pasaron la información necesaria sobre los equipos argentinos, pero nada que nosotros no supiéramos ya. Ese vuelo no nos sirvió, pero se realizó y para la historia es bueno saberlo. No arrojó informaciones que ya no tuviéramos, lo cual en cierta forma era bueno. Los ingleses quedaron impresionados por lo que vieron, por nuestros sistemas de escucha en el sur y por el radar de gran alcance que teníamos detrás de Punta Arenas.

-¿Con ese radar espiaban al otro lado?

-En un cerrito habíamos instalado un radar de 200 millas de alcance comprado en Francia. En tierra teníamos puestos de escucha en varias partes, que captaban todas las señales y comunicaciones radiales argentinas. También habíamos desarrollado en Punta Arenas, cuando llegué a la comandancia en jefe, un puesto de mando blindado bajo tierra, bien protegido, al cual llegaban todas las informaciones graficadas y clarísimas, como un teatro. En ese puesto se reunían todas las informaciones captadas por el radar grande y los más chicos, y por los escuchas. Allá se instaló Sydney Edwards.

-¿Cómo transmitía Edwards esos datos a sus superiores?

-Tenía un equipo de comunicación satelital directa con la Marina Real británica en el comando central de Northwood, cerca de Londres. Lo que pasaba aquí, de inmediato lo sabían los ingleses.

-Inglaterra no podría haber encontrado un mejor aliado.

-Imposible. Nosotros avisábamos, por ejemplo, que desde una base determinada habían salido cuatro aviones en dirección a tal parte, que por su velocidad parecen Mirage. Una hora antes de que llegaran, los ingleses ya estaban informados de su arribo.

-¿A usted le iban informando sobre lo que se entregaba a los ingleses?

-Yo tenía otras cosas que hacer, pero al final de cada día me informaban lo que había ocurrido.

-¿Alcanzaba a contarle a Pinochet el desarrollo de los acontecimientos?

-Nunca le contaba nada. Empecé a no contarle por una sola razón: si "saltaba la liebre", quería que Pinochet estuviera en condiciones de jurar que él no sabía nada. De esa forma, podría decir que el culpable era el imbécil de Matthei y que lo echaría de inmediato. Nosotros siempre vamos a ser vecinos de Argentina, por eso no podíamos echar a perder para siempre esas relaciones.

Imagino que, de todas formas, los argentinos sospechaban. Antes incluso de que llegara Edwards, ya había conversado con el agregado aéreo argentino. Le dije que pidiera autorización a sus jefes, porque quería mandarlo para allá con un mensaje. Delante de otras personas, le pedí que transmitiera a Lami Dozo, el comandante en jefe de la Fuerza Aérea Argentina, lo siguiente. Primero, que nunca en mi vida pensé que podían ser tan idiotas. Teniendo todas las posibilidades en mi cabeza, ésta fue la única que no ingresé en mi computador mental. Segundo, que ante esta situación le garantizaba que la Fach nunca atacaría por la espalda a Argentina. Tenía mi palabra de honor de que Chile no atacaría, bajo circunstancia alguna. Tercero, que cuando hay un incendio en la casa del vecino, el hombre prudente agarra la manguera y vierte agua en su propio techo. Por eso, en este momento haría todo lo posible por reforzar la Fuerza Aérea de Chile y su defensa, porque no hacerlo sería un acto irresponsable de mi parte.

-Pero eso equivalía a alertarlos...

-Significaba que compraría aviones, radares y misiles donde me fuera más fácil y rápido obtenerlos, es decir, en Inglaterra. Lo demás no se lo dije, obviamente, y nunca lo habría dicho si no fuera porque pasó toda esta lamentable situación que vivió el general Pinochet en Londres. Me habría quedado en silencio para siempre. Ahora le damos el crédito al general Pinochet, pero yo... no es que se lo haya escondido a propósito, sino de buena fe, porque tenía que estar en condiciones de culpar a otro si pasaba una trampa como esa. Pinochet, o el gobierno chileno, no se podían "fregar" por este motivo. Uno está dispuesto a hacer esas cosas.

-Las negociaciones entre usted y Gran Bretaña tomaron en algún momento un cariz político?

-Nunca hicimos un planteamiento político. Ambas partes estábamos de acuerdo en que no queríamos "political commitments" (compromisos políticos) de ningún tipo. No había una mayor alianza, se trataba estrictamente de que "el enemigo de mi enemigo es mi amigo". Tan sencillo como eso: oportunismo.

Puro pragmatismo. Llámelo como quiera, pero ésa fue la situación. No hubo mayores compromisos por ambos lados. Ni siquiera recibí una condecoración británica u otro tipo de reconocimiento.

-¿Cuánto duró esta situación?

-Se extendió durante toda la guerra. Nosotros nos quedamos con el avión, con los radares, los misiles y los aviones. Ellos recibieron a tiempo la información y todos quedamos conformes...

-¿Hasta luego y muchas gracias?

-Claro. Y a Sidney Albert Edwards lo despidieron al día siguiente por motivos de índole personal y entonces lo echaron. Después supe que estuvo metido en el tráfico de armas a Croacia.

-Mientras sucedía todo esto, ¿alguien más de la Fuerza Aérea y de las otras ramas de las Fuerzas Armadas se enteró de lo que usted estaba haciendo?

-La Fach, en general, tampoco sabía demasiado. Lo único que se dio cuenta la Fuerza Aérea fue que había llegado armamento y equipos nuevos. Llegaron en aviones de transporte ingleses, a través de la Isla de Pascua. Un día, por ejemplo, apareció un Hércules C-130 que decía Fuerza "Area" de Chile. Se trataba de un avión que tenía el mismo número de uno de los nuestros y al cual sólo le faltaba la letra "e" de Aérea. Eso llamó la atención. Estaba pintado con los colores de la Fach y tenía que llevar el radar a Balmaceda, donde se instalaría para tener visión hacia las instalaciones argentinas en Comodoro Rivadavia (ver mapa). Cuando terminó la guerra lo saqué de ese lugar, porque no era mayormente útil y lo trasladé a otro - donde funciona hasta el día de hoy- para vigilar el tráfico hacia la Antártica.

-¿Cuándo terminó la guerra, informó más detalladamente al general Pinochet?

-Sí. Ahí le conté a Pinochet que le habíamos comprado todo ese equipo a los ingleses, a sólo dos "chauchas". Tenía que saberlo. Me miraba con una cara... Pero no le conté todo con detalles.

-¿Por qué cree que la colaboración chilena terminó por saberse?

-La destapó la señora Margaret Thatcher, pues ella obviamente lo sabía. El mismo Sidney Edwards me dijo que la Thatcher estaba muy agradecida porque conocía en detalle la ayuda prestada por Chile. En julio del '99, ella le dio públicamente las gracias a Pinochet por haber ayudado a Inglaterra durante la guerra. Pinochet, en todo caso, no tenía mucha idea. Conocía el tema en forma general, aunque sabía que nosotros habíamos operado y que yo había pedido autorización en términos muy amplios.

Episodios clave

La reveladora entrevista al general Fernando Matthei que publica en este número Reportajes de La Tercera fue realizada en julio de 1999 por la historiadora y doctora en Historia de la Universidad Complutense de Madrid, Patricia Arancibia Clavel. Junto a ella participaron la periodista Isabel de la Maza y el investigador Jaime Parada.

Patricia Arancibia Clavel dirige el Centro de Investigación y Documentación en Historia de la Universidad Finis Terrae. La entidad, enfocada desde 1990 a recoger testimonios clave de los protagonistas de la historia reciente de Chile, ha acumulado una serie de registros grabados con personajes como el general Augusto Pinochet y el almirante José Toribio Merino, entre muchos otros.

La entrevista con Matthei publicada hoy no es sino un extracto de la serie de conversaciones que el ex comandante en jefe de la Fach sostuvo con Patricia Arancibia Clavel, y fue publicada con la autorización del general.

Comandos en Punta Arenas

La única prueba tangible de que Chile algo tuvo que ver con Inglaterra durante el conflicto fue el episodio de un helicóptero británico que cayó a tierra cerca de Punta Arenas, y cuyos tripulantes fueron rescatados por uniformados chilenos...

Un día llegó Sidney Edwards a confesarme que un helicóptero inglés había caído en territorio chileno. Le pregunté qué había pasado, en vista de que habíamos acordado que ellos no efectuarían operaciones militares hacia Argentina desde territorio chileno, y que ningún avión inglés que hubiera operado contra Argentina aterrizaría en Chile. Ese era el acuerdo fundamental al que habíamos llegado.

¿Qué había sucedido?

-Ellos organizaron una operación -no de comandos, sino de "súper" comandos- para destruir los aviones Super Etandard franceses de la Marina argentina, que eran los que portaban los misiles Exocet. Los ingleses sabían que los argentinos tenían seis Exocet y ya habían comprobado su efectividad: con uno solo liquidaron al destructor Sheffield, un día después de que ellos hundieron al Belgrano. Pero los comandos que habían mandado para allá se perdieron, sin encontrar nada mejor que aterrizar en Chile. Lo hicieron al oeste de Punta Arenas, cerca de un camino, en el claro de un bosque. En seguida, decidieron incendiar la nave y aunque nadie los había visto descender, el humo se propagó en dos minutos, llegaron los carabineros, en fin.

-¿Qué ocurrió con los comandos?

-Tras quemar el helicóptero desaparecieron, comunicándose con Sidney Edwards por radio para saber qué hacían. Le contesté que llegaran hasta un determinado punto de nuestra base aérea, donde los esperaba un oficial de inteligencia nuestro. Allí les darían una tenida de civil y los pondrían a bordo de un avión Lan Chile o Ladeco hacia Santiago, para que desde aquí tomaran otro hacia Inglaterra. Eso fue exactamente lo que se hizo. Deberían haber quedado internados acá, porque esa es la ley, pero les propuse otra salida. Por eso, la señora Thatcher también mencionó la salvación de vidas humanas.

-¿Los argentinos no se enteraron del incidente?

-Sí y nosotros tuvimos que darles largas explicaciones, jurando "de guata" que nada sabíamos. No sé si nos creyeron o no, pero la verdad es me enojé muchísimo con los ingleses y tuve que poner la cara con Pinochet, diciéndole: "Mire lo que hicieron estos imbéciles". El general tuvo que llamar al Ministerio de Relaciones Exteriores y el Ministro tuvo que dar explicaciones.

-¿Quién era el ministro en 1982?

-René Rojas Galdames. Al comienzo ambos estuvimos de acuerdo en que Relaciones Exteriores no lo supiera, pero en este caso tuvimos que confesar -no toda la operación, sino que los ingleses habían cometido un error-. Pudimos jurar de buena fe que no estábamos al tanto de la operación.

¿Cómo era la relación de la Fach con la Fuerza Aérea Argentina durante el período previo al conflicto de las Malvinas?

-Buena y franca, en general. Después en Argentina vino todo el mea culpa, la Junta cayó...

-¿Usted se encontró después con alguno de ellos?

-No, pero después tuve buenas relaciones con el general Ernesto Crespo (ex comandante en jefe de la FAA entre 1985 y 1989, y jefe de las unidades de combate durante las Malvinas). También fui invitado oficialmente a Argentina a visitar su Fuerza Aérea. Nosotros dijimos una sola cosa: "Lo sucedido en esa época fue el resultado de la locura adquirida por algunos señores en su país, pero eso no tiene nada que ver con las relaciones permanentes. Estuvimos casi en guerra, ambos lo sabemos, pero fue una locura. Cerremos ese libro y empecemos nuevamente a construir. Como Fuerza Aérea, tanto ustedes como nosotros hicimos todo lo posible para que no hubiese guerra. Fueron los otros quienes armaron este lío, especialmente la Marina y el Ejército. Parchemos el asunto".

-¿Cuán traumática fue la guerra para los militares argentinos?

-Cuando viajé a Argentina invitado por Crespo, constaté que había una animosidad muy grande de la Fuerza Aérea argentina contra el Ejército y la Marina de su propio país. Fueron arrastrados a un conflicto por las otras instituciones, a un conflicto con el cual no estaban de acuerdo como Fuerza Aérea, siendo al final los únicos que realmente pelearon. Perdieron la tercera parte de su Fuerza Aérea y a muy buena gente, mientras el resto -fuera del Belgrano, al cual torpedearon por andar paseando- no tuvo bajas. El Ejército peleó mal, hizo el ridículo. La animosidad que existía en la Fuerza Aérea Argentina no era contra los chilenos, sino contra las instituciones hermanas. Expresaron que todos se habían condecorado, pero que ellos no habían querido hacerlo por desprecio a los otros. Estaban muy molestos. Entendieron que nosotros habíamos cumplido con nuestro deber, siendo absolutamente necesario ante una situación de ese tipo. Una cosa es la amistad y las buenas relaciones con Argentina, que siempre he buscado, pero antes viene mi responsabilidad por defender a Chile. Lo entendieron de lo más bien y, como siempre lo dije, nunca hubo un mayor resentimiento.

Los primeros indicios

La colaboración chilena con las fuerzas británicas durante la guerra del '82 había dado pie a muchas interpretaciones y versiones sin confirmar. Sin embargo, la primera en admitir públicamente la alianza Santiago-Londres no fue otra que Margaret Thatcher, la ex Primer Ministro británica que decidió, bajo su gobierno, recuperar las islas y declarar la guerra a Argentina.

Su revelación surgió el 9 de octubre del '99, durante la conferencia anual del Partido Conservador británico. La "Dama de Hierro" decidió tomar la palabra para defender al general Augusto Pinochet, a punto de cumplir un año detenido en Londres. Junto con condenar la actitud del gobierno laborista de Tony Blair y del juez español Baltasar Garzón, decidió revelar cómo el régimen militar chileno le había ayudado durante la guerra de las Malvinas. La razón: imponer en la opinión pública de su país la idea de que Pinochet había sido un aliado clave de Inglaterra, y que a los aliados no se los mantiene cautivos.

En un extenso discurso, reveló algunos detalles de la colaboración chilena en el conflicto: "Chile es nuestro más viejo amigo en Sudamérica. Nuestros vínculos son muy estrechos desde que el almirante Cochrane ayudó a liberar Chile del opresivo dominio español. El debe estar hoy revolcándose en su tumba al ver cómo Inglaterra respalda la arrogante intromisión hispana en asuntos internos chilenos. Pinochet fue un incondicional de este país cuando Argentina invadió las islas Falklands. Yo sé -era Primer Ministro en esa época- que gracias a instrucciones precisas del Presidente Pinochet, tomadas a un alto riesgo, que Chile nos brindó valiosa asistencia. Yo no puedo revelar los detalles, pero déjenme narrarles al menos un episodio".

"Durante la guerra, la Fuerza Aérea Chilena estaba comandada por el padre de la senadora Evelyn Matthei, quien está aquí esta tarde con nosotros. El entregó oportunas alertas de inminentes ataques aéreos argentinos que permitieron a la flota británica tomar acciones defensivas. El valor de esa ayuda en información de inteligencia se probó cuando faltó. Un día, cerca ya del final del conflicto, el radar chileno de largo alcance debió ser desconectados debido a problemas de mantenimiento. Ese mismo día -el 8 de junio de 1983, una fecha guardada en mi corazón- aviones argentinos destruyeron nuestros buques Sir Galahad y Sir Tristram. Eran barcos de desembarco que trasladaban muchos hombres y los ataques dejaron entre ellos muchas bajas.

"En total unos 250 miembros de las fuerzas armadas británicas perdieron la vida durante esa guerra. Sin el general Pinochet, las víctimas hubiesen sido muchas más".

Malvinas: Thatcher también entrenó al servicio de inteligencia militar de Pinochet

Mónica González - Clarín IAR-Noticias) 05Jul-05

Se trata de una unidad que fue disuelta el año pasado. Se preparó según el molde del MI 6, el servicio secreto británico de temas exteriores. Y sirvió para ocultar crímenes y proteger al pinochetismo



Muy pocos días después del fin de la guerra de las Malvinas, a mediados de 1982, un selecto grupo de oficiales de inteligencia pertenecientes al llamado Comando de Inteligencia del Ejército (CIE) viajó a Inglaterra en el más estricto secreto. Su misión sólo era conocida por el general Augusto Pinochet y dos de sus más estrechos asesores militares.

Se trataba de la conformación del nuevo Servicio Secreto del Ejército a partir de la experiencia del MI 6, el servicio secreto británico. El entrenamiento para el grupo chileno fue uno de los **subproductos** de la colaboración prestada por Chile a Inglaterra en la guerra por el archipiélago. Y obedeció a un **pedido hecho personalmente** por el general Pinochet a Margaret Thatcher cuya ejecución también coordinó el ex dictador de manera directa con los ingleses, el mismo método que utilizó para entregarles apoyo poco antes que se desencadenara la guerra de Malvinas.

El hombre al mando de dicha misión fue el oficial Maximiliano Ferrer Lima, en la época jefe de la Unidad de Contraespionaje del CIE, que funcionaba en el cuartel más secreto de la Dirección de Inteligencia del Ejército (DINE), el cuartel "Coihueco", ubicado en el barrio alto de Santiago.

Ferrer Lima y el entonces coronel y comandante de la CIE, Víctor Pinto, viajaron en esa misión. Ambos estuvieron involucrados en el asesinato del líder sindical chileno Tucapel Jiménez —ejecutado en la mañana del 25 de febrero de 1982—, como admitirían luego ante la Justicia.

El juicio condenó como autor principal del asesinato al oficial Carlos Herrera Jiménez. En tanto Ferrer Lima y Pinto fueron condenados como **autores intelectuales**.

En su declaración, Pinto confirmó que Ferrer Lima fue el jefe del grupo. Pero entregó otra información reveladora: aseguró que el primer viaje que realizaron a Inglaterra tuvo lugar en enero de 1982, es decir tres meses antes del inicio de la guerra.

En su declaración, dijo que la "misión especial" de enero de 1982 fue encargada por "el alto mando para **adquirir equipos de radioescucha y rastreo** que serían luego ubicados en la frontera con Argentina ante un eventual conflicto bélico con el país vecino".

Y agregó: "A mí me mandaron, debido a mi cargo, a que viera con la firma Rackal si podíamos renovar los 20 radioescuchas de inteligencia que existían en el país y que nos permitían hacer barridos y escuchar los desplazamientos que hacía Argentina",

dijo Pinto, quien en la época tenía a su cargo el espionaje, contraespionaje e inteligencia de la institución.

El viaje de comienzos de enero fue confirmado después por el propio Ferrer, quien afirmó que viajó a Londres a comienzos de 1982 para acordar con la inteligencia británica lo que se denominó "**Operación Volcán**".

Lo cierto es que en 1982 fue el coronel Víctor Pinto quien debió ejecutar la transformación del CIE en Batallón de Inteligencia del Ejército (BIE), una medida que provocó indignación entre los miembros del CIE. Bajo su alero, el cuartel "Coihueco" cobró la identidad de la unidad más secreta del Ejército. Y si bien se dijo que su misión estaría al servicio de la seguridad nacional limítrofe, desde su inicio se convirtió en una unidad especializada en **operaciones de escape para los autores de asesinatos cometidos durante la dictadura** y especialmente de protección a Pinochet y a su familia.

Tanto Ferrer Lima como Pinto aparecen involucrados luego en la salida ilegal del país del químico de la DINA —la policía secreta de Pinochet— Eugenio Berríos, y aparecen vinculados a su asesinato en Uruguay en 1992; el juicio debería culminar en los próximos meses.

No fue todo. El Servicio Secreto del Ejército de Chile que se formó con la ayuda de los ingleses, lo que incluyó **una cuantiosa entrega de fondos**, entre 1990 y 1995 fue destinado a sacar del país en dos oportunidades de manera clandestina y con destino a la Argentina al hijo mayor del general Pinochet, cuando estuvo a punto de ser encarcelado por una **estafa** de 3 millones de dólares al Ejército, la que fue investigada por el Congreso. En ambas operaciones participó Ferrer Lima. Y la operación, realizada desprolijamente y en urgencia, significó develar ante los argentinos la identidad de uno de sus mejores agentes encubiertos en el vecino país: Carlos Narea.

Nada explica que Pinochet haya nombrado a Ferrer Lima para una misión tan delicada. El oficial formó parte de la formación de la DINA y está vinculado a asesinatos y torturas. Tampoco se entiende la responsabilidad entregada a Pinto. Considerado por sus pares como un **déspota**, su vehemencia, violencia y afición por el alcohol dejaron huellas en los **numerosos errores** que cometió el Servicio Secreto al dedicarse en su última etapa a eliminar a como diera lugar a todo aquel oficial comprometido en actos de violencia y que no estuviera dispuesto a guardar silencio total.

El último viaje que registra Ferrer Lima a Inglaterra para poner al día sus vínculos con el MI 6 es en mayo de 1991. Uno de los capítulos que se esperan con expectación de la investigación judicial por el crimen de Eugenio Berríos es el que se refiere a las **millonarias cifras** que manejó el Servicio Secreto, de las cuales muchas se dilapidaron por sus agentes en viajes y placeres por el mundo.

En el 2004, el actual comandante en jefe del Ejército, general Juan Emilio Cheyre, ordenó la **disolución** del BIE, lo que se concretó en una simbólica ceremonia. No hubo una sola referencia a la ayuda prestada para su formación por Gran Bretaña.

TRAICIÓN DEL OTRO LADO DE LOS ANDES **PINOCHET, LAS MALVINAS Y LOS NO ALINEADOS** **Roberto Bardini**

*“Yo hice todo lo posible para que Argentina perdiera la guerra de las Malvinas”:
general Fernando Matthei, comandante en jefe de la Fuerza Aérea de Chile.*

Entre el 2 de abril y el 14 de junio de 1982, cuando prácticamente toda América Latina y muchos países del Tercer Mundo apoyaban a Argentina en la guerra contra el Reino Unido por la posesión de las Islas Malvinas, el ejército chileno traicionó a sus viejos cómplices del Plan Cóndor en el Cono Sur y suministró información de inteligencia a los invasores británicos.

A pesar de las diferencias ideológicas y políticas con la Junta Militar que había tomado el poder el 24 de marzo de 1976, la Unión Soviética, Cuba, la Nicaragua sandinista y el Movimiento de Países No Alineados respaldaron a Argentina en la recuperación de las Malvinas, ocupadas ilegítimamente por Gran Bretaña desde 1833.

Curiosamente, en diciembre de 1981 el entonces canciller Nicanor Costa Méndez, ex embajador en Chile de 1962 a 1964 y miembro del Consejo Argentino de Relaciones Internacionales (CARI), había declarado que Argentina no pertenecía al Tercer Mundo ni a los No Alineados porque los integrantes de esos bloques no eran “de raza blanca y religión católica”.

Cinco años antes, en 1976, el diplomático había escrito en *Carta Política*, la revista mensual que dirigía su viejo amigo Mariano Grondona, también integrante del CARI: “La militancia en el grupo de los No Alineados constituye el extremo de una posición. La Argentina está, en verdad, alineada con los Estados Unidos [...]. La militancia en el grupo de los No Alineados puede alejarnos de nuestros viejos amigos y de nuestros aliados”.

Desde su creación en la Conferencia Afroasiática de Bandung de 1955, que reunió a 29 jefes de Estado de Asia y África, el Movimiento de No Alineados (NOAL) extendió su influencia al resto del mundo, sobre todo en América Latina y el Caribe. Actualmente reúne a 116 naciones –entre las que sobresalen Argelia, Egipto, Filipinas, India, Indonesia, Malasia, Pakistán, Singapur, Sudáfrica, Tailandia y Vietnam– que incluyen a 24 países de América Latina y el Caribe. Existen 15 países en calidad de observadores, entre los que se destaca China. Casi las dos terceras partes de los miembros de la Organización de Naciones Unidas pertenecen al NOAL.

* * *

Costa Méndez, ex abogado de varias empresas británicas en Argentina, no se imaginaba que en medio de la guerra en el Archipiélago Sur viajaría a La Habana a una reunión de los No Alineados, se abrazaría con Fidel Castro y recibiría una andanada de muestras de solidaridad del bloque, al cual Argentina se había integrado en 1973 durante el gobierno de Héctor J. Cámpora pero se distanció notoriamente a partir de marzo de 1976.

En esa ocasión, Fidel Castro declaró al periódico italiano *L'Unità*: “Esta lucha [por las Malvinas] ha creado un sentimiento nacionalista, un patriotismo latinoamericano que nunca antes hemos sentido tan intensamente. Hemos sentido la causa argentina como nuestra causa. Hemos sufrido los muertos argentinos

como propios. La victoria argentina es nuestra victoria. La derrota argentina sería nuestra derrota”.

El vicepresidente del Consejo de Estado y de Ministros de Cuba, Carlos Rafael Rodríguez, quien se encontraba de viaje en Madrid, afirmó que su país estaba dispuesto a participar “con todos los pueblos de América Latina, con todos los elementos de ayuda” en favor de Argentina. Obviamente, los “elementos de ayuda” eran armas y equipo de guerra.

El comandante Tomás Borge, integrante de la Dirección Nacional del Frente Sandinista y ministro del Interior de Nicaragua, había señalado el 23 de mayo de 1982 que “es intolerable que una potencia extracontinental, una potencia europea, agrede a un país de América Latina” y que tanto la Organización de Estados Americanos (OEA) como el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) “han llegado a su etapa de crisis más elevada”. Sobre la posibilidad de participación de su país en la guerra de las Malvinas, Borge aseguró: “Estoy seguro que muchos nicaragüenses irían. Sobrarían los voluntarios”.

El canciller de Panamá, Jorge Illueca, habló en la reunión de los No Alineados a nombre de las delegaciones latinoamericanas y denunció “la demencia política inglesa y la consecuente miopía norteamericana”. El gobierno estadounidense, agregó Illueca, “facilita misiles, municiones y material de guerra con los cuales se da muerte a centenares de heroicos jóvenes argentinos” y condenó “la política hostil, prepotente e inamistosa de Inglaterra, Estados Unidos y la Comunidad Económica Europea”.

Poco antes, el presidente panameño Arístides Royo había enviado un carta a Ronald Reagan solicitándole que no utilizara las bases militares de Estados Unidos en la zona del Canal para apoyar directa o indirectamente al Reino Unido. Royo apuntaba que la Doctrina Monroe (“América para los americanos”) fue burlada por quienes debían ser sus principales custodios y acusó a Estados Unidos de padecer “una extraña identificación con los estertores del colonialismo europeo”.

* * *

Ante estas muestras de solidaridad, el canciller Nicanor Costa Méndez renovó su lenguaje. Se mostró seguro de que el Movimiento de No Alineados comprendería la lucha de Argentina porque muchos de sus miembros libraron “largas guerras por su autodeterminación y su derecho a la vida independiente” y citó los casos de Argelia, Cuba, India, Vietnam y “tantos otros”.

El propio general Leopoldo Galtieri envió el 25 de mayo una carta al comandante Fidel Castro y le expresó su “agradecimiento conmovido” por el apoyo de los No Alineados.

Tres días más tarde, Costa Méndez habló en Washington ante los ministros de Relaciones Exteriores de casi todos los países latinoamericanos reunidos a petición de Argentina en la OEA. El representante diplomático de la Junta Militar mencionó el “resabio de apetencias coloniales al que América Latina tiene que dar respuesta”. Ese mismo día, durante una entrevista con el programa *Nightline*, de la cadena de televisión ABC, se manifestó partidario del reingreso de Cuba al sistema interamericano.

Posteriormente, de regreso a Buenos Aires, el canciller declaró a Radio Mitre que “este mundo entiende muy bien el problema de la agresión porque siempre ha sido agredido”. Y al referirse a la reunión de los No Alineados en La Habana , explicó que ese bloque “nos ha recibido con enorme interés y también con una enorme desconfianza, porque Argentina siempre ha manifestado no ser miembro real – aunque fuera miembro formal– del movimiento”.

* * *

“¿Para un militar argentino es muy difícil de superar un abrazo Fidel Castro-Costa Méndez?”, le preguntó en junio de 1982 una reportera de la revista *Gente* al general Héctor Iglesias, secretario de la Presidencia y uno de los hombres más próximos a Galtieri. “Yo tengo una gran cantidad de amigos con los cuales no comulgo ideológicamente y sin embargo me estrecho en un abrazo con ellos. Porque como ser humano me brindan algo o porque en una etapa de mi vida me han prestado apoyo”, respondió Iglesias.

Luego el militar fue más claro: “Entre ellos [los No Alineados] hay quienes tienen regímenes marxistas o pro marxistas. Eso no quiere decir que nos vayamos a hacer marxistas. Cuando Inglaterra se alió con Rusia para luchar contra el nazismo, no se hizo marxista”. Y finalmente el secretario de la Presidencia no anduvo con vueltas: “Mire, cuando yo necesito armas para la defensa nacional y los supremos intereses de la patria, le compro a quien me venda”.

El general Nikolai Leonov, vicedirector de la KGB entre 1983 y 1991, relató al diario *Clarín* el 31 de marzo de 2002 que la Unión Soviética suministró a Argentina imágenes satelitales del desplazamiento de tropas inglesas: “Durante el conflicto se establecieron contactos confidenciales entre los agregados militares de la embajada soviética en Buenos Aires y los militares argentinos. [...] La Junta –que también veía en la URSS , tanto a una adversaria ideológica como a una eventual aliada– prefería tratar todas las cuestiones a nivel de empresas particulares. El Kremlin no estaba preparado para eso porque ignoraba esas formas de contactos. Como resultado, las conversaciones se atascaron y no dieron ningún resultado. [...] Cuba y Perú poseían armas soviéticas, pero Argentina no se atrevió a dirigirse directamente a esos países. [...] Quizás la única ayuda soviética relativamente eficaz aceptada por los militares argentinos fueron los datos de reconocimiento espacial respecto a las fuerzas británicas”.

* * *

El Chile de Augusto Pinochet, en cambio, se alineó con los invasores ingleses durante la recuperación de las Islas Malvinas. Se sospechaba, pero se supo con toda certeza a mediados del año pasado.

El 31 de agosto de 2005, el general Fernando Matthei, comandante en jefe de la Fuerza Aérea de Chile, reveló al diario *Últimas Noticias*, de Santiago, el secreto mejor guardado durante más de dos décadas por la dictadura pinochetista. Durante los dos meses y medio de guerra en el Atlántico Sur, en la que perdieron la vida cerca de 800 soldados argentinos, el ejército chileno entregó al gobierno de la primera ministra Margaret Thatcher información estratégica acerca de los movimientos de tropas argentinas.

“Yo hice todo lo posible para que Argentina perdiera la guerra de las Malvinas”, declaró Matthei, ex agregado de aeronáutica en Londres entre 1971 y 1974 y

miembro de la Junta Militar chilena de 1977 a 1989. “Negociamos la entrega de aviones, misiles antiaéreos y radares [ingleses] a cambio de información. Los apoyamos con monitoreo permanente y escuchas con dispositivos electrónicos”.

Matthei aseguró que actuó por cuenta propia: “Fue una jugada personal. Pinochet y la Junta Militar que gobernaba Chile no estaban al tanto”. Esto, sin embargo, resulta difícil de creer. El propio Pinochet se enorgullecía de que en su país no se movía ni siquiera la hoja de un árbol sin que él se enterara.

Malvinas, pormenores de un pretexto hecho guerra

Rafael Sagárnaga. Los Tiempos

Este mes se cumple un año más de la confrontación bélica entre británicos y argentinos. Durante casi 72 horas, Bolivia también figuró como un aliado militar de Argentina. Un repaso a la guerra que muchos calificaron como “absurda”.



“La guerra es un lugar donde jóvenes que no se conocen y no se odian se matan entre sí por la decisión de viejos que se conocen, se odian, pero no se matan”. Así resumió el piloto militar inglés Erich Hartman su presencia en la Segunda Guerra Mundial. Esa sentencia se confirmó una vez más durante el primer semestre de 1982 en aguas y territorios sudamericanos y en el gabinete británico. Entonces dos regímenes políticos, afectados por el riesgo de la debacle, hallaron en la guerra otro medio para su supervivencia en el poder.

Corría marzo y gobernaba Argentina el general Leopoldo Fortunato Galtieri. Era el tercer presidente de la dictadura militar que en siete años causó la muerte de cerca de 30 mil personas. En ese tiempo, el régimen había empezado a perder aceleradamente su solidez y era presionado a devolver el poder a los civiles. Mientras en el Reino Unido, el gobierno Conservador, liderado por la primera ministra Margaret Thatcher, cumplía su tercer año afectado por varias frustraciones. La otrora mayor potencia mundial no podía frenar una acelerada crisis económica y un proceso de desindustrialización que derivaba en crecientes tasas de desempleo masivo (1). En ese contexto, se acercaba además un nuevo proceso electoral que pondría en juego la reelección de Thatcher.

De pronto, en el extremo del Atlántico Sur, en unas islas casi olvidadas por los británicos empezaron a surgir problemas. En las Malvinas —aquellas que en 1833 asaltó la tripulación de una corbeta británica para luego expulsar al gobernador argentino— se desataron crecientes pleitos. Pesqueros argentinos desafiaban los límites impuestos por los ingleses. Por su parte, la vigilancia de éstos era mínima y se basaba en el buque *Endurance* con algunas decenas de marinos.

El 18 de marzo de 1982, trabajadores argentinos, contratados para dismantelar unos pesqueros, discutieron con operarios británicos y en represalia izaron su bandera. La acción generó una protesta ante Buenos Aires y la advertencia de las autoridades inglesas de proceder a la expulsión de los provocadores. La respuesta llegó siete días más tarde cuando una dotación militar del buque argentino Bahía Paraíso llegó para proteger a los trabajadores. Y ya el 2 de abril un submarino, dos destructores, un portaviones y dos corbetas de la Armada Argentina toman las islas.

La consumación de uno de los máximos ideales del nacionalismo argentino había sido trabajada varios meses antes por la junta militar. El operativo derivó en un pequeño enfrentamiento con un destacamento de 20 Royal Marines del *Endurance*. Se saldó con tres muertos argentinos, un herido inglés y el desalojo de los militares británicos. El general Benjamín Menéndez fue nombrado gobernador del lugar y la capital, Puerto Stanley, pasó a llamarse Puerto Argentino.

Para sorpresa casi generalizada, el gobierno de Londres aseguró que ignoraba en absoluto los planes argentinos. Incluso se anunció la formación de la Comisión Investigadora Franks sobre la probable negligencia de los servicios de inteligencia. Sin embargo más de un analista, varios de ellos británicos, han señalado que la evidente desprotección de las Malvinas, pese a la amenaza de los militares argentinos, fue voluntaria (2).

Mientras, poco a poco se fue constatando que la junta castrense de Buenos Aires cometió un grave error de apreciación sobre los alcances de la reacción británica. Según los cálculos de los generales argentinos, la solución del centenario conflicto derivaría en escenarios diplomáticos. Sin embargo, Londres anunció que no consentiría un acto de fuerza en su contra y frenó tres iniciativas de negociación diplomática. Ni EEUU, ni Perú encabezando a los gobiernos latinoamericanos, ni la propia Argentina señalando como escenario a la ONU, cambiaron la postura británica.

La guerra se hizo inminente. Contra la mayoría de los pronósticos, una poderosa fuerza de tareas de la flota británica se organizó en escasos días. Cerca de 110 buques, 42 de guerra, incluyendo portaviones y submarinos, ocupados por 28.000 efectivos y 138 aviones fueron movilizados. En una expedición de más de 12 mil kilómetros navegaron desde Portsmouth hacia el archipiélago austral.

El analista inglés Eric Hobsbawm describió a la flota enviada a Sudamérica como “un museo de todo lo que podía dar resonancia a la bandera británica: la guardia real, los hombres fuertes de la tecnología, el SAS (Special Air Service), los paracaidistas y hasta los escasos y duros Gurkas (tropas asiáticas con una legendaria fama en el combate cuerpo a cuerpo)”.

Los roles de la guerra

Durante la primera quincena de abril, el vértigo de la confrontación caldeó y dividió al planeta. En diversas capitales de América y Europa, incluida Londres, se desarrollaron marchas en favor de la paz. Curiosamente no hubo movilizaciones belicistas conformadas por civiles en territorio británico. Incluso la propia prensa cuestionó la idea de la guerra, excepto el periódico The Sun, que se alineó de manera chauvinista al gobierno. Sin embargo diversos sondeos revelaron un creciente apoyo a las decisiones de Thatcher.

EEUU, pese a sus intentos de mediación, apoyó a las fuerzas británicas desde un principio (3). Mientras casi todos los países de Latinoamérica, a excepción del Chile de Pinochet que también respaldó a los ingleses, abogaron a favor de los argentinos. Es más, los militares peruanos ofrecieron su apoyo incluida la donación de sus aviones Mirage.

Durante casi 72 horas, Bolivia también figuró como un aliado militar de su vecino. El 13 de abril, el comandante de la Fuerza Aérea Boliviana, Natalio Morales Mosquera, señaló que “Bolivia desplegará aviones caza a la frontera en apoyo a Argentina. También pondrá a disposición la flota de Transporte Aéreo Militar, la infraestructura aeroportuaria y, si es necesario, el reaprovisionamiento de combustible”. Más adelante aseguró: “Así como Perú ya está cooperando militarmente, nosotros también hemos decidido hacerlo. Nuestro apoyo no sólo es moral, sino material” (4).

Sin embargo, al día siguiente, la Embajada británica pidió públicamente al presidente Torrelio que confirme si Bolivia optó por iniciar hostilidades contra el Reino Unido. Trascendió que en horas siguientes el Ejecutivo fue advertido sobre serias sanciones económicas internacionales, especialmente en el área de la minería. Finalmente, el 15 de abril, la Cancillería boliviana aclaró que “los problemas entre Argentina y Gran Bretaña deben ser resueltos por la vía diplomática” y que “en ningún momento el gobierno ha contemplado realizar acciones de tipo militar” (5).

Mientras en Argentina los gestos de apoyo a la causa reivindicativa desataron un fervor sin precedentes. Incluso los exiliados ultraizquierdistas participaron en marchas en el extranjero y pidieron ser trasladados a la primera línea de combate. Por su parte, la población inició gigantescas colectas de dinero, joyas, medicinas y alimentos para los soldados.

Paralelamente las fuerzas militares coordinaban sus acciones. La Armada y la Fuerza Aérea desplegaban sus naves hacia la zona de la Patagonia, distante a s 700 kilómetros de las Malvinas. Mientras 12 mil efectivos de la infantería, en su mayoría adolescentes de 18 años, fueron trasladados a las islas en disputa.

Se ha especulado, varias veces, que en aquel grupo, considerado el más sacrificado de la confrontación, participaron algunos reclutas de origen boliviano. En mayo de 1986, Saturnino Campos Vilca, relató a un reportero de la radio de la Universidad de Río IV (Córdoba) sobre un particular grupo de soldados. “Desde Villazón o Bermejo muchos se venían a la colimba (servicio militar), para tener doble nacionalidad. Yo ya había servido en Bolivia y luego también me vine a hacer la conscripción a la Argentina. Para 1982 fui llamado como reservista. Un primo y un amigo míos incluso fueron llevados hasta las Malvinas. Es que, como ya habíamos servido en Bolivia, nos destacábamos aquí” (6).

Se disparan los misiles

A cuatro semanas de la toma de puerto Stanley se desató la guerra, restringida a la zona de conflicto. Sin embargo no quedó lejana la posibilidad de una catástrofe mayor. El 2 de mayo, por primera vez en la historia, entró en acción un submarino nuclear, el Conqueror. Orientada por satélites estadounidenses, la nave disparó un misil y hundió al más importante de los buques argentinos, el crucero Belgrano. La pérdida implicó la muerte de 323 marinos y el repliegue de gran parte de la flota argentina.

Paralelamente bombarderos Vulcan castigaron la isla Peble. Ello desató la alerta sobre un posible ataque intimidatorio a Buenos Aires o Córdoba. La respuesta llegó dos días más tarde. Entonces un avión de la Armada Argentina hundió con un misil Exocet al destructor inglés Sheffield. Alrededor de 40 militares ingleses murieron.

El eje del conflicto se concentró en los ataques de la aviación argentina a la flota inglesa y las tropas británicas que habían empezado a tomar terreno en las islas. En los siguientes días la aviación argentina hundió otras seis embarcaciones y derribó 34 aviones y 11 helicópteros. Sin embargo perdió 80 aeronaves.

Según informes ingleses, las bajas registradas llegaron al límite de lo previsible. Reportes oficiales revelados recién en julio de 2005 señalan que en el gabinete de guerra de Londres se llegó a considerar la posibilidad de atacar territorio continental. En el extremo de los riesgos, Inglaterra también ha reconocido que trasladó cargas nucleares a la zona. La historia oficial británica del conflicto, trabajada por Lawrence Freedman, revela que las fragatas Brilliant y Broadsword se sumaron a la Fuerza de Tareas, cada una de ellas con dos cargas nucleares de profundidad (7). El jefe de Defensa señaló que estaban “para cualquier eventualidad” y ante el riesgo de que submarinos soviéticos se metiesen en el conflicto. Tras inclinarse la batalla aeronaval en su favor, el 28 de mayo los paracaidistas ingleses masificaron su ingreso a las Malvinas. Se enfrentaron con los argentinos en los campos de Darwin y Goose Green, y vencieron. Durante dos semanas, las fuerzas inglesas avanzaron progresivamente sobre Puerto Stanley, cercando a la guarnición argentina. Después de los últimos enfrentamientos, el general Menéndez se rindió sin condiciones el 14 de junio.

Los errores de la guerra

La derrota precipitó la salida del poder de los militares argentinos. Galtieri fue relevado un mes más tarde. Su sucesor Reynaldo Bignone restableció las libertades ciudadanas y entregó el poder a los civiles en octubre de 1983. Pronto se revelaron los verdaderos fines de la guerra, errores estratégicos e incluso incomprensibles actos de corrupción. Es el caso de los jefes militares que se apropiaron de las colectas que la población argentina realizó para apoyar a las tropas.

Mientras, Thatcher ganó el apelativo de “la dama de hierro”. Fue reelecta en dos oportunidades. Apenas llegaron las tropas a Inglaterra explicó las características de su decisión. Las islas de las que dos meses antes muchos ingleses desconocían su ubicación y hasta nombre motivaron la siguiente declaración: “Cuando empezamos estaban los indecisos y los temerosos; los que pensaron que no podríamos realizar las grandes hazañas de antaño; quienes creyeron que nuestra decadencia era irreversible, que nunca volveríamos a ser lo que fuimos, que el Reino Unido ya no

era la nación que construyó un imperio y gobernó una cuarta parte del mundo. Pues bien, estaban equivocados” (8).

Grupos nacionalistas aseguran en Argentina que la ocupación de las Malvinas permitió además a Gran Bretaña tener una avanzadilla de protección para las transnacionales. Han recordado que en la Patagonia se buscan explotar grandes reservas de gas y agua y citado una lista detallada de emprendimientos empresariales (9).

La victoria también benefició a Chile. Intelectuales de ese país como Ricardo Israel explican que de haber vencido Argentina o de no haberse desatado el conflicto, otra guerra se habría producido. Argentina preveía un extendido conflicto con Chile en el que se advertía la posibilidad de incluir a Perú y Bolivia.

Lejos del resultado del conflicto, a 24 años de la guerra, Thatcher, los generales argentinos y Pinochet han salido de escena y ya muy viejos agotan sus días. Sin embargo, hay quienes aún cargan con el más alto precio de la guerra de las Malvinas: los ex combatientes y los familiares de las víctimas directas del enfrentamiento. Aquellos que con 18 ó 25 años, ingleses o argentinos, empaparon sus uniformes con hielo, barro, lágrimas y sangre en el extremo del mundo y gracias a las órdenes de Londres o Buenos Aires.

La guerra causó la muerte de 746 argentinos y heridas a 1.068. Mientras 265 ingleses perdieron la vida y 777 fueron heridos. Eso durante la conflagración, sin embargo 250 ex combatientes ingleses se suicidaron en las dos décadas pasadas. Por su parte, 430 ex soldados argentinos de la guerra de las Malvinas se quitaron la vida, los últimos ocho, en febrero y marzo de este 2006 (10).



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.

© CEME web productions 2003 -2007